Tomo 10

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 6

San José, Costa Rica **1925** Lunes 6 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Dos artículos de Antonio Caso

(De *Revista de Revistas,* México D. F).

La industria y la educación

1

La vida es una relación constante, entre el ambiente y el sér, que se distingue por la propiedad de modificarlo y asimilarlo. Esta es la verdad más alta y más universal a que ha llegado la ciencia de los organismos. La sociedad humana no es un organismo, pero está compuesta de organismos que, constantemente, realizan la relación universal formulada.

2

El hombre no es idealista porque tenga ideales. Tiene ideales porque es idealista. Es decir, el ideal nunca dejará de acompañarnos. Si un ideal muere, otro nace. Y si desaparecieran todos los que existen, ya bastarían nuevos productos de la fantasía para negar la realidad; porque la realidad es siempre deficiente, y sólo puede ser tolerable por el hombre, sumada a su sueño, corregida por su anhelo, enmendada por su imaginación. Aun cuando la verdadera realidad, al tratarse de lo humano, es esa síntesis progresiva de la imperfecta realidad que nos sustenta y el ideal que nos inspira. Antes de que apareciese el hombre, modificóse la historia del mundo y de la vida, con tremendas catástrofes geológicas y aciagas luchas sin cuartel, de animales y plantas. El hombre tiene ideales; con ellos ha nacido otra especie de modificación cósmica. La cultura es la composición de las conquistas ideales de la humanidad.

3

Toda vida halla un obstáculo en su carrera. Todo obstáculo es un dolor en la conciencia. Todo dolor tiende a ser suprimido. La inteligencia aconseja su supresión. La memoria mantiene vivo el recuerdo de la pena, La imaginación, ensaya los medios de calmarla, y la razón indica los caminos para lograrlo. Somos, pues, idealistas, por los obstáculos del ambiente que nos hacen sufrir, y las cualidades de nuestro espíritu que nos conducen a triunfar.

4

La Industria responde a una parte del ideal; la Educación a la otra parte. Veamos cómo.

5

Si el ambiente pone trabas a nuestra acción, respondemos con la acción industrial. Si el óbice no está en las cosas de que usamos, sino en nosotros mismos, tendemos a suprimirlo por virtud de los medios que nos da la Educación. Esa montaña estorba para nuestro tránsito; la horadamos y pasamos. La catarata que se despeña, inútilmente, proporciona a la Industria el medio de iluminar varias ciudades. Un río es un *camino que anda,* ya lo dijo Pascal.

6

Si el defecto no es exterior, sino interior; si el mal no está afuera sino adentro; si la obstrucción no radica en las vías del mundo, sino en las del cuerpo o del espíritu humano; si el impedimento es nuestra propia substancia, la modificamos, por medio de una industria interior, que es la Educación. El campo de las orillas de una gran ciudad, es un campo educado. El espíritu de un buen hombre civilizado, se industrializó, en cierta forma, con la civilización misma.

7

Las siete colinas de Roma, son siete cabezas pensadoras, atribuladas y doloridas con toda la sangre de la Historia. El Sena, río sagrado, es como la arteria de la libertad del mundo. París parece un corazón palpitante; y las mañanas de Florencia revelaron a Sir John Ruskin, mejor que las siete lámparas de la arquitectura, el secreto milagroso de la dulce civilización florentina. Tanto fué Platón de Atenas, como Atenas de Platón.

8

México debe definir su ideal industrial y pedagógico. Nunca lo ha definido. Sus industriales no saben lo que quieren, sus pedagogos tampoco. Por eso va la Patria dando tumbos sobre sn propia historia, sin hacer mexicanos para México, sin modificar con verdadéro patriotismo industrial, el suelo que pisamos (que algunas personas, como el difunto publicista don Francisco Bulnes), llamaron pobre, sin recordar que da constantemente al mundo tres cosas excelentes: el petróleo, la plata y el henequén.

9

Lo pobre entre nosotros es el ideal; lo mortecino, el ensueño y la imaginación. Por eso los extranjeros tienen derecho a darnos la ciencia que pensamos y nos crean las industrias que solemos tener. Urge definir el ideal mexicano en los campos de la Industria y de la Educación, campos limítrofes; porque lo único que nos agrada practicar es la politica y la guerra. Y el peligro de estas actividades, es que, a veces, otorgan al lado de héroes y apóstoles indiscutíbles, legiones numerosas de caballeros de industria.

Cristianismo y nacionalismo

1

Qué es una nación?, se pregunta el poeta Tagore, genuino representante del misticismo budhista, y responde: «Una nación, en el sentido de la unión política y económica de un pueblo, es el aspecto que asume toda una población cuando se organiza para cierto fin mecánico. La sociedad como tal no tiene propósito ulterior ninguno, es un fin en sí misma. Es la espontánea expresión del hombre como ser social. Es un orden natural de las relaciones humanas, en virtud del cual los hombres pueden desarrollar ideales de vida en cooperación mutua. Tiene también un aspecto político, pero éste sirve sólo para un designio especial: para la conservación propia. Es, únicamente, el lado del poder, no el de los ideales humanos».

2

¿Cómo pudo un ingenio taa esclarecido como el de Tagore, profundo, amplio y bondadoso a la vez, lanzar el anatema, desde la altura de su convicción oriental y budhista, sobre la forma que reviste hoy, en todo el mundo occidental, la sociedad humana políticamente organizada como una persona?

3

Es que la India nunca ha sido una nación, jamás ha constituído una patria; en ninguno de los episodios de su historia asumió frente a otras razas ese *egoísmo nacional* que, para Spencer, integra el fundamento del patriotismo. En cambio Israel, la patria del Cristo, fué siempre un pueblo pequeño, de apretados vínculos tradicionales, de cultura hermética, celosa de la propia independencia y del poderío genuino de la raza. Este nacionalismo judío inspirado en la idea moneteísta y mesiánica, que Jesucristo confirmó, mantuvo erguido al pueblo de Dios frente a sus fabulosos enemigos del Oriente clásico: los Faraones armipotentes de Egipto y los terribles emperadores de Nínive y de Babilonia.

4

Monoteísmo quiere decir perfección, limitación, unidad, poder individual absoluto; panteísmo significa infinitud, enormidad, pluralidad, disolución inútil del alma en la vicisitudes de la historia y los accidentes de la flora y la fauna de la tierra. La India es hoy esclava; lo ha sido siempre, lo será mientras exista. Israel, combatida por las armas y la justicia de Roma, aniquilada por la persecución de Tito, vive dispersa en el mundo moderno, lo mismo en Nueva York que en Petrogrado; y manifiesta, en la pujanza de la idea monoteísta la ciudadela inexpugnable de la idea de Patria; porque esta idea no radica en el suelo que se pisa, sino en la convicción de que la idiosincracia espiritual de un pueblo, simboliza y declara uno de los atributos irreducibles de la humanidad.

5

La incomprensión de Tagore es la de todo oriental, alejado esencialmente del monoteísmo cristiano. El Cristo dijo: «No vine a meter paz sino espada». Llegó a separar al hermano de la hermana, al padre del hijo, al esposo de la esposa; porque vino a enseñar, sobre todas las fórmulas que unen a los hombres, la que los divide en dos categorías enemigas tan imposibles de mezclarse entre sí, como el fuego y el agua: los buenos y los malos.

6

El hombre que enseñó que la pasión debe extinguirse para alcanzar el Nirvana, no habría podido lograr su salvación ante Jesús. Las buenas pasiones no deben morir nunca porque representan el resorte motor de la Historia. Cristo fué un apasionado y no un dialéctico; por eso se colgó de la cruz y nos comprometió a todos a seguirlo. Sí, por su pasión, por su bendita vida apasionada, por su hondísima emoción redentora. El Occidente es individualista, nacionalista, cristiano. El Oriente es budhista, utilitarista, impersonal, decadente. La línea vertical es el símbolo de Jesucristo. Un movimiento que levanta en vilo al hombre sobre las páginas de su historia. La horizontal es el emblema de Budha, un movimiento inverso que extiende la fortaleza del alma sobre el suelo y la deja indiferente al bien y al mal, y sólo atenta a evitar el sufrimiento.

7

O el cedro del Líbano, o el loto del Ganges, ¿Quién vencerá a través de los siglos?

ANTONIO CASO

Telegrama robado por la censura

Ahora no más, tomamos de los canjes el mensaje que a continuación publicamos y que no nos llegó oportunamente a causa de la censura militar chilena. Con mucho gusto dejaremos obsequiados los deseos de los estudiantes y les enviamos nuestra cordial felicitación por el triunfo del civilismo en Chile.

Noviembre 21. — «José Vasconcelos. — México. — Parte hoy Buenos Aires Carlos Salinas, Presidente de la Federación de Estudiantes de Bolivia deportado por Saavedra y comisionado por la Federación de Estudiantes de Chile, para que inicie Buenos Aires, bases confederación estudiantes latinoamericanos. República Argentina alberga Seoane, ex-presidente Federación Perú, desterrado Leguía; Schweitzer, ex-presidente Federación Chile, deportado gobierno militar. Bastaría palabra maestro mejicano decidir estudiantes argentinos realización confederación propiciando Buenos Aires próximo Congreso internacional fije normas acción política, social, cultural juventud América. Abrazo cordial estudiantes chilenos.—(Firmado): Meza Fuentes».

(La *Antorcha,* México, D. F. Enero de 1925).



Primer Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos

Respuesta del Dr. Varona

Señor don Edwin Elmore.

Lima

Mi muy estimado amigo:

La alta visión de las necesidades de la América Latina, que me inspira su noble carta de 16 del pasado Diciembre (1), merece mi adhesión más completa. Es obra digna de Uds., juventud que respira aires de renovación y se dispone a vivir mejor vida de la que nos ha tocado a nosotros. Pues nosotros tuvimos que rozar nuestra tierra, para que manos libres arrojen la simiente. Uds. deben ser dignos, y lo serán, de la época que alborea. Uds. deben ver y apresurar el final derrumbe de esta fábrica de iniquidad donde han vegetado los parias, para qne se pavoneen los audaces.

No me toca a mí, hombre todavía del pasado, augurar las futuras construcciones; no me toca, porque no acierto a concebirla en su necesaria totalidad. Toca a los que vienen, a los que apremian, a los que anhelan ser hombres libres en medio de hombres libres. Mientras haya un esclavo en virtud de la organización económica, o de la máquina política, o de la estructura judicial, o de la composición familiar, o de la tupida red de las costumbres, no se habrá realizado la verdadera asociación. Voy a dar una fórmula, y llámenla utópica cuantos quieran: Mientras haya un soldado, no existirá la libertad.

Si es imposible que el ciudadano se desarme, la vida cívica es una ficción monstruosa. He allí el principio de vuestra enorme tarea, fundadores del mañana,

Soy, con la mayor simpatía, su amigo y servidor,

Enrique José Varona

Habana, 9 de enero. 1925.

Carta al Sr. Emilio Roig de Leuchsenring, en La Habana.

Buenos Aires, febrero 11 de 1925.

Querido Roig:

Por motivos que Ud. fácilmente habrá comprendido, he ido retardando la carta informativa que le ofrecí desde que salí de Lima. Ahora, de vuelta de Montevideo, me tiene Ud, de nuevo en pleno centro de esta urbe trepidante, donde, a poco de estar, a un provinciano como yo le provoca huir y no parar sino en llegando a su tranquila y escondida aldea, donde, al menos, se goza de las frescas brisas del Pacífico bajo pinos familiares.

Ahí quedó esta carta hace tres días: tal es el tráfago en que estoy metido. ¿Cómo ordenar los tópicos de que tengo que hablarle dentro de la amplitud de nuestro tema? Quisiera ser absolutamente franco con Ud. al exponerle mis impresiones, pero al mismo tiempo desearía evitar que mi franqueza, que pudiera resultar cruda, le indujera en error acerca del optimismo que, aunque reducido, aún me alienta.

Como resumen de mis observaciones en esta metrópoli cosmopolita le diré esto: *Buenos Aires no es nuestra*. Tenemos, pues, que conquistarla. Me explicaré para evitar un mal entendimiento: el Buenos Aires de la cultura moderna, de los ideales modernos y de las aspiraciones más sanas de los pueblos—que es el Buenos Aires nuestro—no pesa ni vale en la ciudad. Es un músculo, vigoroso sí, pero sin ligamen a las coyunturas que pudieran ofrecerle acción sobre el miembro. El dinamismo actual, activo y eficiente de Buenos Aires está concentrado en la industria y el comercio, en su mayor parte extranjeros o semi-extranjeros, y por lo tanto, ajenos a las palpitaciones de nuestro gran ideal, voluntariamente ignorantes de nuestras aspiraciones y proyectos y hasta hostiles a los mismos. Esto carecería de importancia si por el lado de los nuestros no reinase un desconcierto difícil de compaginar con el nivel alcanzado por el mundo cultural del Plata. Por eso me inclino a pensar que el estado actual de crisis, perplejidad o inhibición, de las fuerzas morales e intelectuales—fenómeno, por otro lado, general de la época—está aquí llamado a pasar dentro de un plazo más o menos corto. Mientras tanto, no está demás conocer y reconocer el hecho. No se trata ya de la miopía o el egoísmo mal entendido de algunos representativos de la inteligencia argentina para con todo lo que atañe a los grandes intereses y destinos de nuestra cultura en el continente; se trata de la situación de incapacidad para la obra en que se encuentran los escasos elementos de valor con que, en estas zonas, cuenta nuestra conciencia en formación.

Sobre esto conviene que le detalle a Ud. un tanto mis impresiones. Establecido el hecho de que entre los factores actuales que rigen la vida social y política argentina no figura sino en un plano muy inferior el que nos es propicio, eso que Uds. en la Habana llaman «grupo minorista»: veamos cómo está formado y cómo tiende a desenvolverse aquí ese factor. Ya le he mencionado el estado de desconcierto que predomina entre los elementos cultos y avanzados. Tendré que decirle ahora—y no lo hago sin meditarlo un poco—que además de ese desconcierto, mal que sería fácil superar mediante un esfuerzo de ordenación, existe (como en el Uruguay, de cuyo ambiente le hablaré después), un fuerte individualismo y, lo que es más grave, una tendencia malsana a la insociabilidad, a la anarquía, en el campo intelectual y literario, constituyendo esto, que he llamado *incapacidad para la asociación y coordinación de esfuerzos*, el obstáculo más serio con que tropieza nuestra iniciativa.

Si Buenos Aires da la impresión de una ciudad fuerte, mucho me temo que sea la «factoría gobernada desde un hotel» de que ya hablaba el gran publicista argentino José Manuel Estrada. Desde aquí veo cómo se prepara el corso carnavalesco —circensis—en la Avenida de Mayo, que servirá para distender un tanto los nervios de las turbas que bregan día y noche por el pan. ¿Dónde están las manifestaciones de quienes bregan por lo otro, es decir, por el espíritu? En esta ciudad fuerte, que todos vemos enclavada en el Sud Atlántico como avizor atalaya de la nueva raza y de la nueva cultura que se están formando, la inteligencia se halla dispersa y anarquizada. Me atrevería a afirmar que no existen en esta urbe otros vínculos que los de los intereses creados. Hablar de una solidaridad fundada en principios de una nueva moralidad que está por instaurarse o en las aspiraciones más o menos vagas de nuestros pueblos hacia un porvenir más justo y más bello, resulta ingenuo. En el campo de las ideas, allí donde se plantean los problemas humanos y las aspiraciones superiores se discuten, parece no existir el sentimiento de solidaridad que brotaría si hubiésemos alcanzado ya ese estado superior de conciencia que nos daría la convicción de nuestro único destino. No se reconoce la unidad moral, la unidad espiritual, capaz de realizar entre nosotros el *pluribus unum* del lema norteamericano. Por eso no se acepta una norma de tolerancia previa que viniese a evitar prematuras discordias. Ni entre individuos, ni entre grupos, ni entre clases tiene aquí

---

(1) Véase en el Repertorio, Nº 20 del tomo 9.

prestigio la actitud tolerante; y sin tolerarnos primero ¿cómo hemos de cooperar? ¿cómo podremos marchar hacia la unión anhelada? Se vive, pues, en una dispersión y una anarquía estériles. En mis discusiones he hablado de pilas aisladas que ninguna eficacia tienen si no se acierta a unirlas en batería. Pero tal es la repugnancia que se manifiesta a la idea de una unión a todo trance, que he llegado a pensar que tal vez aún no ha llegado el momento de formar ese «primer coágulo cósmico» de que me ha hablado Zorrilla de San Martín en reciente visita. Tal vez sea aún necesario—como piensan muchos argentinos—que suframos un poco más cada uno por su cuenta, curándose cada cual de sus llagas y sus enfermedades. Más yo no creo esto, yo creo que existe una obligada gradación que nos impone la necesidad de tolerarnos primero y solidarizarnos luego, para llegar a ponernos en condiciones de conferir en todos nuestros actos—y hasta en nuestras costumbres, nuestras leyes y nuestras instituciones—esa primacía de los valores morales e intelectuales a que aspiramos, como base indispensable para la creación de una civilización netamente iberoamericana que venga a rectificar los tremendos errores de la europea, buena parte de los cuales ya tenemos ingertados.

En esta situación, y circunscribiéndonos al ambiente argentino o mejor dicho, bonaerense, no me ha sido dado observar sino una señal de solidaridad, y ésta con excepciones y limitaciones: la de la llamada «nueva generación», que se inicia en la polémica de la ideología argentina declarando la quiebra de las generaciones anteriores a ella y posteriores a la de 1837 o sea la de Echeverría, el gran precursor, y sus amigos de la «Asociación de la Nueva Generación». La juventud que aquí cuenta de los veinte a los treinta años o algo más no quiere ver nada con sus antecesores, cuyo prestigio repudia. Julio V. González (compañero en ideales de Carlos Sánchez Viamonte, con quien ya le he contado que me encontré en Valparaíso en misión idéntica a la mía, y de Sanguinetti, otro de los «nuevos») ha escrito últimamente: «Circunscribiéndome a lo nuestro... y sin que ello signifique negar las proyecciones al ambiente exterior... puede afirmarse que al asomar el hombre nuevo, no había en el ámbito nacional ningún pensamiento en marcha (esto yo lo he dicho hace años, respecto al Perú, en mi ensayo sobre «El esfuerzo civilizador» y lo tengo confirmado en «El nuevo Ayacucho») o, en el mejor de los casos, con vida lo suficientemente poderosa como para atraer hacia él y dar contenido a la existencia y a la obra de una generación». Yo estoy de acuerdo con esto, pero no con el procedimiento adoptado, al parecer, por los nuevos, como consecuencia del mismo. Pues si bien González afirma que «la idea de orfandad y desorientación acerca del pasado que viene formando la sensibilidad de la nueva generación argentina, no implica desconocer la continuidad histórica, aunque esto a primera vista parezca paradojal», no puede negarse que la actitud asumida por los jóvenes es la de un rompimiento no sólo radical, sino violeuto e irreconciliable, si he de atenerme a las declaraciones de muchos de ellos. Y con esto ya no puedo estar de acuerdo, pues se me hace difícil admitir que las nuevas generaciones argentinas traigan en su seno elementos de pensamiento y acción suficientemente fuertes como para reemplazar valores tan incuestionables como el de Ingenieros, por ejemplo, a la izquierda, y el de Gustavo Rojas, a la derecha. Yo les he repetido esto muchas veces, pero estos jóvenes del Plata no quieren darse cuenta de que, como los ñandúes de sus landas, sus nacionalidades tienen el cuerpo muy grande y la cabeza muy chica. Las nuevas generaciones cometerían, en mi concepto, un gravísimo error, si se inician en la acción con un gesto de incomprensibilidad e intolerancia que cercenaría a su cuerpo miembros de no escaso poder. También les he repetido esto a los jóvenes argentinos, y a los uruguayos que participan de este separatismo espiritual que no se funda sino en un error de apreciación, como se lo explicaré después. Y me afirma en esta convicción una opinión del famoso político y publicista colombiano doctor Núñez, que en estos días he leído y que define muy bien un pensamiento que frecuentemente he abrigado: «Nuestra población—decía Núñez—no excede de tres millones de habitantes, poco civilizados en su gran parte. Si la fracción social llamada por sus aptitudes a las funciones gubernamentales se divide y se subdivide, consagrándose a debilitarse a sí misma no podremos nunca hacer nada importante como legatarios, de la dominación peninsular, mostrándonos superiores». Y esto es lo que ahora pasa, creo que no sólo en la República Argentina sino en todos nuestros pueblos. Lejos de asociarse en una obra común de cultura y de defensa de los principios y doctrinas superiores de la vida, las *elites* intelectuales se disuelven atomizando sus esfuerzos por culpa de insignificantes y prematuras divergencias como los conejos de la fábula. Así, mientras el laborioso y admirable García Monge reune en las páginas de su REPERTORIO AMERICANO las voces dispersas, demostrando que, en el fondo y en lo principal, no existen discrepancias dignas de dividirnos; cuando se intenta crear, a la manera del Norte, un organismo con más vitalidad y eficacia, se hace imposible reunir las vértebras aisladas. Así, además de las tendencias iconoclastas de las nuevas generaciones (cosa que resta toda eficacia constructiva a los esfuerzos anteriores y desmoraliza a los actuales, restándole fe en los suyos propios), tenemos la discordia y la insociabilidad entre los consagrados no atribuible a causas dignas, aunque tal se pretenda, sino a razones personales no muy confesables.

Es indudable que en estas condiciones, la labor restauradora de la acción cultural sólo pueden efectuarla los jóvenes, puesto que los mayores se declaran incapacitados para emprender una obra cuya base es la concordia y la unidad de miras (me lo han confesado los más destacados dentro de las diversas tendencias y cada uno a su manera: Ingenieros, Rojas y Lugones); pero también es indudable que si los jóvenes queremos hacer algo nuevo y distinto, si nosotros somos los llamados a «ver y apresurar el final derrumbe de esta fábrica de iniquidad donde han vegetado los parias para que se pavoneen los audaces», como me dice don Enrique José Varona en su contestación a mi *carta abierta:* debemos empezar por rechazar la herencia de discordia, mala fe, mala voluntad, intolerancia e incomprensión que han estirilizado la obra de los otros.

En otra carta—pues ya ésta es demasiado larga—le explicaré cómo en las grandes ciudades como Buenos Aires y tan movidas como Montevideo y la Habana (y podría agregar Lima) los reducidos círculos culturales quedan eclipsados por el tráfago mercantil e industrial y sujetos al flujo y reflujo de los intereses y los apetitos en pugna; y cómo si sobre las menudas discrepancias no se establece una vinculación superior que permita a las clases intelectuales oponer un frente único contra la ineptitud venal y acomodaticia de los burócratas, el servilismo y el espíritu de lucro de los periódicos y la estupidez y la rapacidad de los políticos ajenos a todo ideal superior, muy pronto quedará establecido en todas nuestras llamadas «democracias» el predominio de los mediocres, es decir, que lejos de acercarnos a la anhelada magistratura de la Inteligencia nos encaminamos hacia el reinado de la Ineptitud, y no así como así, sino de esa ineptitud audaz y cínica, producto de nuestros pueblos semibárbaros, tanto más encanallada y vil cuanto más consciente de su miseria es. Así, pues, a los intelectuales individualistas y zahareños, como

dicen que es Vaz Ferreira y como se volvió nuestro González Prada, habría que gritarles: *o tolerancia y cordialidad en la obra común, o dispersión, esterilidad y aniquilamiento.*

Le estrecha, con el afecto de siempre, la mano

Edwin Elmore

Un congreso americano de intelectuales

(De *Atlántida*, Buenos Aires).

El señor Edwin Elmore, intelectual peruano, abriga desde hace años la idea de realizar un congreso de intelectuales de América, por ejemplo en La Habana, tendiente a unificar el pensamiento continental. Este congreso estaría constituído por los hombres de mayor prestigio e influencia de cada país, con la particularidad de que se desenvolvería sin buscar ni aceptar el apoyo de las esferas oficiales. El señor Elmore ha venido a verme, ha tenido la deferencia de comunicarme su proyecto y me ha preguntado qué pienso acerca de sus propósitos.

Le he contestado, más o menos:

—Señor Elmore, es urgentísimo que América tenga conciencia de sí; necesitamos conocernos; es evidente que, respectivamente, se ignoran unas y otras comarcas; no pueden ser más tenues los lazos que nos unen. Cierto que una que otra vez recibo un libro de Colombia o de Cuba. Verdad que diarios de Venezuela o de Panamá transcriben artículos de nuestra prensa. No obstante, la América intelectual se desconoce casi totalmente. Lo mismo debe acontecer con la América comercial, industrial o fabril, Hace veinte años América repetía los nombres de Rubén Darío, de Lugones, de Ingenieros, de Santos Chocano. Ahora los ignoraría. No fué eco o resonancia propia del Continente lo que llevó estos nombres por su ambito. Es gran error creer en la buena acústica de América. Lo que intervino entonces fué la obra personal de Rubén Darío, vinculado por manera especial a diversas naciones americanas. Como no se edite en España, difícil si no imposible es que mi librero me provea de libros, no ya de Méjico, mas ni siquiera de Chile. La influencia argentina, quiero decir el eco de nuestra voz, acaba en Montevideo. Así vivimos. Esta soledad es América. Creo, por consiguiente, en la conveniencia de realizar cuantos congresos interamericanos se pueda.

El señor Elmore desea saber si creo en la eficacia del congreso a reunir, en lo tocante a la unidad del pensamiento americano.

—¡Ah, no! Un hombre de fuerte mentalidad y de clara dirección de conducta, no ha de sujetarse, ni queriéndolo, al voto de un congreso. La mayoría de votos carece de toda significación en tales casos. Hoy estaríamos todos de acuerdo; mañana, seguiría cada uno por su lado; el río seguiría corriendo... Es como debe ser, porque es lo natural. Los tiempos que vivimos tienden todavía a sovietizarlo todo. Gran necedad. Por mi parte, he concluido por no creer en ningún soviet. Creo, en cambio, en cualquier individuo. El colectivismo intelectual es un atentado a las únicas jerarquías legítimas, que son las del espíritu. Pero ¿quién respeta jerarquía ninguna? Una reciente encuesta de la revista *Nosotros* fué sintomática. En la Argentina, los jóvenes que comienzan a escribir no tienen maestros: desdeñan todos los valores. Así debe estar pasando en el resto de América. Vivimos tiempos bien miserables. El mozalbete a quien hoy le sale mal un soneto, ya puede echarse a iconoclasta. Nadie ha hecho nada que valga ni la mitad de un sonetillo. La bajeza de los tiempos que atravesamos hace creer en la eficacia de los recuerdos y los votos colectivos. Generosa quimera, pero quimera al fin. El montón no existe.

El señor Elmore desea saber cómo, por una parte, apruebo la idea de reunir un congresoo, y al propio tiempo niego su utilidad.

—Bien claro. Niego la utilidad que se le atribuye: la de unificar el pensamiento continental. Niego la virtud y aun la legitimidad de tales mayorías, Pero creo en la conveniencia de toda vinculación interamericana. Aplaudo todo congreso: lo mismo uno de intelectuales que uno de jugadores de *football;* y si también acuden los *footballers* de España, aplaudo más. Lo único importante es ir estableciendo comunicaciones: la red de las comunicaciones, por donde, como por una red de nervios, vibrará el espíritn de América.

¿Y en lo intelectual?

—Hay que decirlo todo. La unidad de conciencia americana será, sin duda, alcanzada. Prevalecerá un día la unidad de pensamiento anhelada. Pero esto será la obra de una hegemonía intelectual. Así aconteció siempre en la historia. Así acontecerá para nosotros. No sé quién la ejercerá. Del Uruguay o de Cuba, de Guatemala o de la Argentina, de Chile o del Perú, se levantarán las grandes y decisivas voces. Resucitarán acentos que creíamos apagados o nacerán otros nuevos. Lo único serio, lo únlco importante ahora es preparar los caminos. Que las comunicaciones vayan estando expeditas. Norabuena, pues, para cuantos quieran reunirse hoy o mañana en congresos de cualquier carácter y con cualquier ocasión. Preparemos los tiempos. Pero no ereamos en el colectivismo intelectual. No hay ni habrá más que hegemonía; esto es, Principado. Repitámoslo: El montón no existe.

Arturo Capdevila

La oligarquía poética

(De *El Hogar*, Buenos Aires).

En otro tiempo, el continente americano no poseyó virtud más recóndita y loable que su virginidad. «La virgen América» fué por largas décadas un binomio inalterable, una combinación tan íntima como la del Supremo Hacedor y el Pueblo Soberano. No era posible referirse siquiera a los productos naturales del continente, sin hacer mención de su virginidad. «La virgen América». Y en los sonetos de amor, dicha virtud continental era tema de honesta exaltación.

Un día, sin embargo, alguien protestó de esta obstinada ceguera de las gentes de lira, haciendo notar que desde muchísimos años atrás tal virginidad había sido mancillada por varias docenas de tiranuelos más o menos continentales, y que en el actual momento podía ya considerarse a América como una respetable matrona plena de virtudes, pero sensiblemente ajada por los malos tratos.

Desde ese día, la virginidad de América ha pasado a la historia. Nadie la recuerda. Ni se menciona siquiera la virginidad de sus selvas. Como la «virgen América», la «selva virgen» no excita ni siquiera a los poetas, creadores de la primera virginidad.

Hoy, los mismos poetas han hallado un binomio más complejo, más misterioso, más vago y más moderno: «El pensamiento de América», o «El alma de América», o «La conciencia de América».

¿Qué se quiere expresar con esto? ¿Qué significado preciso tiene esta fórmula tan escueta y rotundamente afirmada?

Nosotros entendemos muy bien a qué se denomina pensamiento, pues con mayor o men»r frecuencia hemos tenido la impresión de poseer alguno. Conocemos el pensamiento de una que otra persona; aun el de algunas sociedades organizadas; conocemos todavía el pensamiento de pueblos enteros, clamado por sus más numerosos individuos; pero no tenemos idea de cuál pueda ser el pensamiento de un continente cuyas naciones, todas en formación, no conocen, no ya su pensamiento, lo que es mucho pedir, sino el grado de rapacidad por el bocado, que todavía está devorando a sus hijos para salir de su sangrienta infancia.

¡Pensamiento de un continente exclusivamente geográfico! ¡La conciencia de América! Si se nos hnbiera dicho: «Acaso, acaso andando los años sea posible notar en las naciones americanas una aspiración común, una tendencia solidaria al imperialismo, al socialismo, a la renuncia, al enriquecimiento a toda costa», entonces, entonces hubiéramos comprendido algo, a un largo plazo de interés.

Pero en el momento actual, cuya lírica yace exclusivamente en los renglones truncos de sus poetas, el alma y la conciencia de América son curiosidades calenturientas de intelectual, pero no de hombre de sentido común.

Parafraseando en mínima escala a France, cuando dijo, moviendo la cabeza, que la guerra era una cosa demasiado seria para confiarla a los militares, podríamos decir que la conciencia de todo un continente es también una cosa demasiado seria para ponerla en manos de los poetas.

Cumple advertir aquí, que al decir poetas no nos referimos a los individuos, sino a la casta; del mismo modo que ellos, al hablar de los hombres del llano, se refieren a la masa, la plebe, el montón.

Y véase cómo es de confusa y frágil el alma humana. La casta de los poetas—por lo menos de los que llevan la voz cantante en América—es aristocrática; y exaltada de patriotismo hasta hacer llorar.

Dentro de esta devoción a la patria, dichos poetas abominan de la masa, la plebe y el montón. La patria, según ellos, la encarna una casta: militar o universitaria, lo mismo da. El resto es la chusma.

Bien. Si por patria se entiende puramente un símbolo, una bandera, un principio histórico, un mapa, los poetas tienen razón. En cualquier momento dado, sólo uno de ellos con un discurso en la mano personifica a la patria.

Pero si la patria es un elemento vivo, no un dogma escolar; si existe como función humana, cumplida por infinidad de seres que trabajan en un enorme anonimato, los poetas no tienen entonces nada que hacer en ella; porque la masa, la plebe y el montón son quienes la constituyen.

Entre tanto, América puede trabajar en paz, sin alma ni pensamiento alguno que la martiricen. Cuando en el transcurso de algunos siglos sus naciones se hayan enriquecido al punto de convertirse en una amenaza hacia cualquier lado del cuadrante, América habrá entonces adquirido conciencia de sí, para mayor gloria de sus poetas.

Horacio Quiroga

El mendigo

Señora...!!! Tiembla en el ambiente la voz del mendigo. Mi madre se le acerca y le da alguna pequeña moneda. El, hace exclamaciones usuales, con voz lenta y se aleja en el camino.

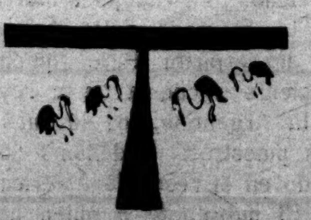
Oh mendigo, así, miserable y mutilado ya por la vida, siendo un despojo humano, eres feliz. Vas con tu fardo, que poco a poco, cada día, van llenando manos piadosas. Duermes donde te cierra la noche; en ocasiones, al único amparo de una puerta; a veces, en algún camón destartalado y frío—como si fueras un bohemio de la miseria,—pero apenas dormido, debes de tener sueños albos como alas de ángeles; debes de soñar con rosas hechas de nubes.

Nada te inquieta; esperas a la muerte, como a una hermana que vive en país lejano y que algún día vendrá por ti. No te hinca sus garras la ambición del oro, pues sabes que jamás será tuyo y como tienes pan y tienes fe, ¿para qué desearlo? No padeces de los males que carcomen el alma de los hombres. Eres sano de espíritu: llevas el elixir con el cual no podrá envenenarte ninguna serpiente de las muchas que cruzan por el gran camino.

Eres más feliz que yo: sin ansias, sin luchas, sin que te inquiete un libro o te fascine una estrella; sin que te hiera el aguijón de un ideal, o te amargue los labios el veneno de un beso. Yo, con regocijo cambiaría mi arca de flores mustias, de ensueños azules, de ensueños brumosos como mujeres ingrávidas... Todo eso os lo daría... por vuestro fardo lleno de frutas jugosas y frescas, que serían buenas a mis labios—siempre sedientos y siempre con sabor de amargura!

Clara Diana

San José, Costa Rica.



DE LA NUEVA EUROPA

Fe, Esperanza, Amor

(De *La Libertad*, Madrid).

Hace ya bastantes años conocí en Paris a M. Marcel Hébert. Su nombre es hoy muy estimado por cuantos se consagran al estudio de los problemas religiosos. Bastaría uno de sus libros: *La evolución de la fe católica*, para asegurarle una reputación merecida. Pero en aquel tiempo el abate Hébert, dedicado por entero a su misión sacerdotal y a su vocación educadora, apenas había escrito más que algunas páginas íntimas sobre sus recuerdos de Asís.

En Asís, la tierra humilde, perfumada por las más puras flores del sentimiento cristiano que haya conocido el mundo después de la divina siembra de Galilea, fué donde Marcel Hébert, orando en la primitiva capilla franciscana, llegó a tener conciencia plena de la interna crisis de su propia alma... ¿Dónde estaba en nuestros tiempos aquel espíritu cristiano, espíritu de heroico desinterés y amor fraternal, el espíritu de los Evangelios y de las *Florecillas* de San Francisco? No lo descubría Hébert a su alrededor entre las clases y los grupos sociales que pretendían ampararse en la tradición del cristianismo. Gentes conservadoras, sin anhelo interior, dueñas de la riqueza, aficionadas al Poder, amigas de los fuertes y no de los débiles... No, no estaba allí el bendito idealismo de las *Bienaventuranzas* o del *Himno* ingenuo y sublime del hermano San Francisco en su éxtasis de amor universal.

¿Dónde entonces?... ¿Es que se había extinguido el hálito divino en la Humanidad? ¿Quién haría resonar de nuevo en los corazones las notas olvidadas del ideal? ¿Tal vez un humilde como el «pobrecillo» de Asís? ¿Acaso un obrero de nuestras fábricas?... Y haciéndose inquietamente estas preguntas, Marcel Hébert, prosternado en aquel rincón franciscano, repetía las palabras con que la liturgia pide a Dios que nos envíe su soplo creador para que se renueve esta dura, envejecida tierra... «Et renovabis faciem terrae!...»

—

Poco tiempo después oí hablar por primera vez a Vandervelde, el líder socialista de Bélgica. En su estilo sobrio, limpio, fuerte, pronunciaba un discurso de propaganda en una tribuna pública. Al terminar glosó en un párrafo las tres grandes virtudes teologales invocadas de los siglos: la Fe, esa invencible confianza en la Verdad y en el Bien, que nos sostiene en las luchas de la vida; la Esperanza en un porvenir más justo y más bello, visión consoladora de las almas, y la Caridad, o sea el Amor—que amor es lo que significa, etimológicamente, la voz «caridad»—, fraternal solidaridad entre todos los hombres. «Las derechas sociales—venía a decir Vandervelde—llevan en los labios esas virtudes; pero ya no las sienten en su corazón. Hoy somos nosotros, hombres de izquierda, los que, con una nueva idealidad, de veras creemos, y esperamos, y amamos. Hoy esas virtudes están en nuestro campo. ¡Y por ellas venceremos!...»

—

Pasaron algunos meses. Volví a encontrar a Marcel Hébert en Bruselas. Lo hallé esta vez relacionado con Vandervelde, muy próximo al socialismo, y aun quizás ya afiliado a él y colaborando cordialmente a la parte ideológica y espiritual del movimiento obrero.

«¡Felices aquéllos—me confesaba—que han podido tener unidad en su vida!... Yo estoy recomenzando ahora la mia, alrededor de los cincuenta años. Pero, después de todo, no he cambiado y en realidad, prosigo el mismo camino. Continúo mi obra de educación, mi obra de elevación de las conciencias. Es el mismo camino que cruza ahora otras tierras... ¡Adelante, pues, mi buen amigo!»

En el fondo del movimiento social avanzado percibía Hébert algo de aquel idealismo que pedía en sus nostalgias de Asís. La Casa del Pueblo y la Universidad Nueva le ofrecieron un camino fecundo para su noble actividad. En cambio, Hébert enriqueció con un matiz de espiritualidad delicada las campañas del socialismo belga. ¿No fué por entonces, precisamente, cuando Vandervelde dijo: «Son los problemas económicos los que nos ocupan; pero son los problemas morales los que nos preocupan?»

—

Vienen hoy a mi memoria estos recuerdos al observar la presente situación de Europa. La gran divisoria de las corrientes está ahora en la nueva política internacional, con sus proyectos de paz permanente, de arbitraje, de justicia entre los Estados.

Las corrientes que van hacia la derecha, todos los partidos conservadores o reaccionarios, sostienen que tales propósitos no pasan de ser bellos ideales; pero ideales irrealizables. No tienen Fe. Añaden que, como el hombre es un lobo para el hombre, los pueblos serán siempre egoístas, ambiciosos, rapaces, y jamás existirá una verdadera Sociedad de Naciones, porque éstas, en sus conflictos vitales, apelarán eternamente a la suprema razón de la fuerza. Carecen de Esperanza. Por esto, más o menos abiertamente, se aferran las derechas a la vieja política de la diplomacia secreta y las alianzas parciales que acaba de dejar, con la última guerra, diez millones de cadáveres sobre la tierra desolada de nuestro continente, No sienten el Amor.

Las corrientes que derivan hacia la izquierda, los partidos avanzados, son los que de veras, sincera y resueltamente quieren la nueva política internacional, la política idealista de la paz y de la justicia en el mundo. Son ellos los que confían en la Verdad y en el Bien, en las fuerzas morales, en el porvenir. Hoy son virtudes suyas la Fe, la Esperanza y el Amor. ¡Y por ellas vencerán!

Marcel Hébert ha muerto ya. Quienes lean sus libros formarán de él un elevado concepto. Pero aun así no podrán conocer lo mejor de su personalidad, porque, como ocurre frecuentemente en los hombres de mucha vida interior, su alma era todavía superior a su obra. ¡Ojala que la evolución de Europa venga pronto a satisfacer los anhelos de todos esos espíritus generosos, fieles a las voces más puras de la razón y del corazón; de los verdaderos creyentes, los de ayer y los de hoy: de cuantos a través de los siglos, esforzándose en mejorar al hombre, reformar la sociedad y establecer la concordia entre las naciones, se hicieron dignos del divino lema: «Fides, Spes, Amor»...!

LUIS DE ZULUETA

¿Respuesta?

«Es un torpe modo de discurrir el rechazar lo que no puede ser comprendido».

CHATEAUBRIAND

I

En el número cuarto del tomo 10 de este semanario, y en las páginas 55 y 56, aparecen unas cuantas líneas referentes a los «Apuntes sobre Democracia», recientemente publicados, y en las cuales se censura el proceder de la Junta Directiva del Colegio de Abogados por haberle consagrado a su autor «un lisonjero aplauso», y a la vez se pretende hacer aparecer al mismo como un desconocedor del importante problema que ahí se contempla.

La lectura de esas líneas no ha sido siquiera suficiente para originar en mi ánimo la inquietud de la duda, y sólo agradezco al autor de ellas el haberme proporcionado una oportunidad más para repetir y afirmar aquí algunas ideas de las contenidas en la tesis combatida.

Cuando se vive dentro del marco de ciertas tendencias, y más aún, cuando se está convencido de que lo que se pretende es la suprema verdad y el bien, no puede uno detenerse a considerar observaciones que tal vez sólo tienen como fundamento el deseo de publicidad, o mejor dicho de «popularidad», de ésa que yo por principio desprecio.

Por eso dejo a un lado todo lo referente a personalidades, y entro directamente en materia.

Sin confundir lo que se pueda entender por pueblo, y sin atenerme estrictamente a los textos y diccionarios, he querido hacer en la tesis aludida un apartamiento entre el pueblo de las plazoletas, de las tabernas y de los presidios, y el que se concentra en su trabajo y se desenvuelve al calor del estudio y de la meditación, y dentro de esta idea he llegado a concebir la presencia de un grupo, parte del pueblo, que yo llamo de capacitados, sin que me importe en nada la idea que a otros preocupa, de nobles y plebeyos.

No soy sectarista de esos que sacrifican la lógica y la verdad por sostener las terquedades de su secta, sino que, dentro de un espíritu de libertad y de respeto, busco abrirle paso a las ideas que eminentes pensadores mantienen, y que la experiencia ya va constatando.

El grupo, o dígase de otra manera, el pueblo capacitado a que yo me refiero en la tesis, no tiene que ver nada con la cuestión de clases sociales, lo cual está comprobado al decirse categóricamente:

«El mérito nunca puede ser patrimonio de determinada clase de hombres. La condición de superior es algo que corresponde al género humano y no a grupos preestablecidos, etc., etc.» (pág. 4).

El autor de los comentarios pretende hacer una gran revelación al decir que la Democracia es el «Gobierno para todos», y más bien lo que descubre con eso, es la estrechez de su criterio acerca de estas materias, porque no se discute para quién ha de ser el gobierno, puesto que directa o indirectamente es siempre la sociedad o pueblo la que se perjudica o beneficia con los malos o buenos gobiernos, sino que lo que interesa es saber *quiénes deben gobernar*, no dentro del postulado de una doctrina, llámese democracia, aristocracia, plutocracia o de cualquiera otra manera, sino dentro de las exigencias de las leyes biológicas y de otras que las ciencias sociales determinan, para que el gobierno no se transforme en campo de ensayo de las mediocridades, que sólo podrán dar a sus semejantes errores irreparables y el desprestigio consiguiente.

Lo que se combate en la mayor parte de las democracias es precisamente esa facilidad que tienen las medianías viciosas para escalar las alturas, sin responsabilidad, *con perjuicio para el pueblo*, e impidiendo la labor sana que pudieran realizar otros elementos que la multitud no acepta porque no adulan.

Advierto que me refiero a la multitud que Víctor Hugo recrimina, (pág. 7, Aps. sobre Dem.)

Por eso precisamente ya se siente la necesidad de apartarse de esa vieja fórmula y acogerse a otra que no sea a base de engaño, y que en cambio contribuya a detener los impulsos de los incapaces, ávidos de mando, y para que así las instituciones sociales no estén a cada momento en peligro de caer en manos de hombres que sólo sonríen ante ellas, como lo hace el salvaje cuando se le presentan ante sus ojos las obras que significan la civilización.

La fórmula que en la tesis se ostenta: «GOBIERNO DE LA VIRTUD: POR LA RAZÓN Y PARA EL PUEBLO» es una fórmula en realidad poco halagadora para los *populacheros*, porque entonces de acuerdo con ella, se necesitan las caras vestiduras de la virtud y de la razón, debiendo también los hombres preguntar a su conciencia antes de llegar a la dirección de los pueblos, lo que Dante preguntó al Poeta que lo guiaba: «Mira si mi virtud es bastante fuerte antes, de conducirme a tan alta empresa».

Decía Platón:

«La sabiduría es la única moneda de buena ley y por ella es preciso cambiar todas las demás cosas... la virtud no es verdadera sino con la sabiduría».

Solamente un misólogo puede rechazar nuestra fórmula.

«¿Qué es la razón?» pregunta Séneca. «Una imitación de la naturaleza».

«¿Cuál es el soberano bien del hombre? Conducirse según la voluntad de la naturaleza». (Eps. Morales).

Y eso es precisamente lo que pretendemos: que los hombres se conduzcan de acuerdo con la voluntad de la naturaleza.

¿Y cuál es esa voluntad?

La armonía. Esa armonía que descubre el Universo en todas sus creaciones.

La humanidad no puede sustraerse al imperioso mandato de la armonía, porque si se sustrae va al desastre, violento o paulatino.

La armonía en la sociedad sería la correspondencia de las facultades con la capacidad intelectual (moral) y física de cada uno.

En el gobierno la armonía sería la correspondencia de la aptitnd del funcionario con la función que va a ejercer.

Al recordarme la leyenda Constitucional de que «la soberanía reside en la Nación», parece que no se ha querido interpretar el pensamiento contenido a este respecto en mi tesis, o que un apasionado criterio ha inducido al crítico a otras veredas.

Posiblemente tampoco se leyó en la página sétima, donde se dice:

«El día en que los pueblos vivan de acuerdo con una elevada concepción de la moral, y del respeto que ha de imperar en las relaciones mutuas, entonces las cuestiones relacionadas con la organización social, especialmente en lo que se refiere a la materia política, llegarán a ser de secundaria importancia, pues los hombres sólo exigirán al Estado funciones meramente administrativas».

Y se pasó por alto, con gran irrespeto, las citas de eminentes autores que en la misma página se encuentran.

Repito aquí también con placer la cita del inmortal Renán, que posiblemente tampoco se leyó:

«Uno de los peores resultados de la democracia es que

hace de la cosa pública, un botín de políticos mediocres y envidiosos, naturalmente poco respetados de la muchedumbre, que ha visto ayer humillándose a su mandatario de hoy».

Más qué ridículo me parece que después de haber leído conscientemente: «Apuntes sobre Democracia», se me venga preguntando cuál es la medicina que a tanta dolencia corresponde.

A grandes rasgos se puntualizan allí algunos de los males que la organización democrática origina en la mayor parte de los pueblos, y también se esboza a grandes rasgos el camino que debiera seguirse para lograr alguna finalidad a este respecto.

Si se pretende que en estos momentos se establezcan las bases de una reforma definitiva, yo contesto a quien así piense que eso no puede ni debe hacerse.

JORGE CALZADA

Del Castellano

(De *Cromos*, Bogotá).

No hace muchos días escribió García Calderón un artículo, que ya empieza a ser famoso, acerca del idioma siempre viejo y nunca bastante nuevo, que ata espiritualmente la dilatada serie de naciones en que venturosamente hemos quedado incluidos.

Altos y nobles espíritus han discurrido ya sobre ese motivo; y él, de tal suerte ha llegado a interesar a quienes gozan en la contemplación de estos problemas, que hasta se ha pensado en proponerse una encuesta internacional, idea ésta que viene de García Monge, el cultivado y feliz editor costarricense.

Para quienes apenas si somos espectadores desinteresados de las literaturas, no ha de alcanzar la más leve participación en lo que se discute. Porque no siendo escritores ni humanistas, si mucho escribidores, ¿qué podríamos decir que pudiera hacerse viable, en medio de los decires doctos y de los sabios conceptos?

A tanta riqueza espiritual asistimos que nadie tendría, si no fuera un genio, imperio suficiente para trazar una disciplina en el espectáculo formidable de las literaturas castellanas. Mucho menos la Academia Real, que a cada nuevo intento en el sólo campo de catalogar las palabras, apenas si logra poner de relieve su pobreza. En la sola península, a cada nuevo panorama de geografia, halla el espectador caracteres tan distintos que no habría ni retórica, ni gramática suficientes para imponer categorías que comprendieran esa riqueza inasible, múltiple encanto de las Españas. He aquí cuanto alcanzamos a ver, como profanos, aunque cautivos sí de la belleza idiomática.

Busca la tendencia de los clasicómanos un cierto socialismo para los caminos sutiles de la literatura. Y es patente que no construirían el mismo diccionario Pío Baroja, por su cuenta, y Ramón del Valle Inclán, por la suya. Y tan patente es esto, como evidente resulta que ambos han escrito obras para siempre bellas entre las obras bellas de Europa. Ni atan ellos en una misma, idéntica sintaxis, sus vocablos, vocablos que son suyos en prosas que nada tienen de semejantes. Valga la obra de arte, desnuda y franca, aliente en ella el espíritu rudo de los vascos o el colorismo ágil de los andaluces. Valga la obra de arte en sí misma y por sí sola, que cosas mejores siempre ha dicho Gabriel Miró, fuera de la Academia, que Ricardo León, el blando Ricardo metido por su propia virtud en el sabio concilio presuntuoso.

Hacer la Academia pudo ser una buena idea, que ha resultado ineficaz o eficaz tan sólo por la reacción. Si ella no existiera, nadie dude que los libreros españoles hubieran salido con su diccionario, llamando para componerlo a varones todavía jugosos de vitalidad.

Pero a más sutil extremo se ha llevado la discusión. Porque se dice que debe ponerse una valla a cierta penetración que el estilo francés viene haciendo en la literatura castellana. Curioso temor. ¿Cómo lograría remediarse ese mal, si fuera un mal? ¿Es que alguien podría pensar en que el irreductible Pío Baroja terciaría hacia otro estilo, por más insinuante que fuera tal otro estilo al ofrecerse? Pero no hagamos así preguntas, dándolas ese tono de victoria con que suelen argumentar los predicadores. Seamos sencillamente justos. La grandilocuencia siempre habrá de ofrecerse temible para quienes ya han catado en los ritmos discretos, y si esta depuración, muy lógica, ha de clasificarse como un acercamiento a Francia, se habrá podido hacer una observación curiosa, pero arbitraria.

Ocurre que en ciertas costas ardientes, y en ciertos puertos activos el golpe del mar y del comercio impresiona los estilos. Poned atento oído, y ya lo veréis en el glosador de Cataluña. También la cautelosa, la apacible ironía de Azorín podría ajustarse a una deducción geográfica. Y París, bebedor de todos los vinos, que recoge y exalta, ahora persigue influencias. Un día descubrió a los norteños, otro a los rusos, ahora a los españoles. Las novedosas casas editoriales de la famosa ciudad, no descansan hoy en su afán de traducir a los autores españoles, con lo cual no queremos anotar un triunfo ibero, sino un hecho simple. La niña inquieta de París sólo aspira a descubrir, y ya nos llegará a los suramericanos la hora y luego a los portorriqueños, sin que hagan subir en nosotros, los divulgadores, otra calidad que la de tornarnos vanidosos.

Que fluya la vida. Ese es el camino. Lo mismo que les ocurre hoy a los filósofos, hastiados ya del racionalismo y precursores de los viejos caminos de la videncia. El idioma es un medio, y hacer de él un fin es buscar una esclavitud para las personalidades que apuntan como flechas libérrimas en todos los rincones da estas tierras. Que surjan sanas, plenas todas las literaturas: así se hacen los siglos de oro, fuentes eternas que entusiasman a los hombres y humillan a los mendigos por los siglos de los siglos.

Una sintaxis bárbara nos llevó no hace mucho a reflexionar en estas cosas. Leíamos en un libro de un docto profesor de España, y tan gruesos eran los errores de sintaxis en su escrito, que hasta nosotros mismos llegamos a advertirlos. ¡Hasta nosotros mismos! ¿Qué hay en el fondo de estos dislates? Simple afán de sinceridad, de ofrecer así espontánea y desnuda la imagen que dora nuestro verso. Sin gesto retórico, sin fingimiento, tal como es la impresión fugaz, con su color vivo, con todo su dinamismo exhuberante.

Quisiéramos escribir todo esto en forma de una carta dirigida «Por un lector a los autores», para demostrar adhesión a todos aquellos que dentro o fuera del catálogo hacen obras bellas. ¿Anarquía? Quizá. Tampoco pensamos en que las palabras siempre estén diciendo una misma cosa. Dijo anarquía un amigo y sonreímos, lo dijo un reaccionario y temblamos. Muchos anuncian que todo esto no es sino germen de disolución. Destruir el trabajo laborioso y paciente de generaciones que vienen desde el hombre de invención de las cavernas, consumir esa esencia que lleva en el fondo cada palabra, esencia de barbarie, primitiva, conservada con amor por unos señores todo romanticismo encerrados en una academia, disolver en bien de los caprichosos esos tesoros antiguos, es algo que

indigna a muchas gentes. Pero si ha de ser para abrir los ventanales de la vida, ¿qué pueden importar tamaños argumentos del sentimentalismo?

GERMÁN ARCINIEGAS

Ricardo, atrapador de mariposas o el ciego feliz

A MARTA DITTEL.

No sólo en los deliciosos cuentos de hadas, la biblia dilecta del niño, y a donde el hombre ya maduro, que se entrega a la infantil lectura, parece retornar a la infancia primaveral por el conjuro balsámico de los relatos ingenuos, puede uno con pasos seguros penetrar en un mundo de ensueño y codearse con pequeños personajes cuyas acciones y más que nada sus sutiles pensamientos, confinan con lo inverosímil. El tiempo ido sólo se puede rescatar en los libros de cuentos; allí se dijera que la vida se ha estancado en su primitivo candor. También en nuestros tiempos civilizados, y por ende burgueses y prosaicos, porque hay que advertir que conforme la civilización aporta sus adelantos materiales, sus mecanismos complicadísimos, que van suplantando al mismo individuo, mengua la dulce imaginación de los hombres, y vemos hundirse en lo ridículo y trivial un mundo que bien pudiéramos llamar la Atlántida de los Ensueños. ¿Qué poeta en nuestro siglo nos legará, aunque fuese rudimentariamente, una divina Iliada, en que los hombres vivían en contacto con los dioses y muchos de ellos hasta eran sus descendientes legítimos? ¡Ah! Maravillosos tiempos sepultos en que la imaginación del hombre siempre mantuvo el candor de la del niño y el poderío del poeta; pues los poetas son los historiadores inmortales, porque escriben con amor... que no los eruditos, que con una meticulosidad ridícula nos abruman con datos para convencernos que tal guerrero combatió siempre cabalgando sobre corcel blanco y el otro que era alazán... o que la ciudad cual tuvo determinado número de casas y de habitantes... El historiador ante todo debe ser poeta, que el poeta no necesita el restringido título de historiador, que es sinónimo de necio, de pedante...

Pues bien, no es necesario del todo retornar al fantástico ambiente de las consejas, a los primitivos tiempos del hombre, para encontrar lo maravilloso; basta asomarse por un instante a la vida con los ojos limpios de niño para sorprender las múltiples maravillas, que por falta de una varita mágica, dormirán en sus ignorados encantos.

Cada niño puede ser un nuevo Pulgarcito, y cada hombre el terrible ogro; cada ratoncillo que asoma su hocico fisgón por el pulido agujero que tallara en el tabique del cuarto es, a no dudarlo, un lindo Ratoncito Pérez; ¿y no abundan en las casas las cucarachitas mandingas? ¿Qué no podríamos decir de las niñas? A cada paso hay afortunadas Cenicientas y todas son la Bella durmiente del bosque. Sólo que a nosotros los pobres mortales, nos hace falta la singular varita mágica, a cuyo conjuro potente las cosas y los seres cobren su prodigio de encantamiento.

Pero a veces el pensamiento del poeta, cuando su corazón demasiado agobiado por decepciones y fracasos al tratar con los hermanos menores que integran la muchedumbre, busca el refugio amable de las saudades infantiles y se siente muy niño aún, entonces su magín es un mundo fantástico y sus palabras, la varita mágica que sustrae a lo vulgar lo que atesora de divino.

Pues bien. Os diré que sólo en los deliciosos libros de cuentos, los más adornados con láminas preciosas, o en los labios temblones y apergaminados de las abuelas octogenarias, las historietas existen. También la vida de algunos hombres, cuando apenas niños alguna fuerza encantada—encantamiento que durará hasta que los labios frígidos de la Muerte, el hada máxima, los liberte—sufren el peso de un encantamiento que vulgarmente se llama carácter, que no es otra cosa que el designio de sus hadas madrinas. Así vemos cómo aún hay guerreros temerarios, inventores que tienen mucho de magos; hombres de aspecto hondamente triste, porque en su infancia un ave nocturna venía a arrullar sus cunas, por ser huérfanos de madre y el padre se embriagara hasta la repugnancia, en ellos persiste aún el canto lúgubre de su nodriza alada; o aquel que es hoy un acróbata magnífico, porque un día, muy niño aún, perdido en un bosque, fué raptado por pájaro colosal que no pudiendo soportar en su vuelo la presa, la dejó caer desde las alturas, infundiéndole en su espíritu el vértigo de los saltos mortales que hoy lo han llevado a la celebridad... Y así infinidad de casos.

Os referiré brevemente la historia de un ciego; tiene todas las características de los cuentos milenarios y bien pudiera creerse que es creación de poeta que no realidad; os advierto que es verídico. Acaso su relato tenga la simplicidad de la caja de fósforos que ornada por la imaginación de un rapazuelo, cobra el auge de la más suntuosa carroza digna de la Reina Mab.

Oídlo:

Ricardo, Quico, como aún se le designa, era por entonces un hermoso niño de nueve años; de una robustez campesina que hacía pensar en la fuerza de una raza ya extinta. Llevaba dos años de frecuentar la escuela y cuando este relato acontece, disfrutaba de sus segundas vacaciones.

Ricardo, el niño atrapador de mariposas, quedó ciego y en su desgracia es feliz: aún hoy pasa las horas atrapando mariposas; ¿os parece raro que un ciego pueda atrapar mariposas cuando son tan ágiles que hasta los más listos y vivarachos chiquillos no las pueden aprisionar fácilmente con sus bolsas infladas por el viento? Así es, sin embargo.

Ricardo quedó ciego cuando una mañana de vacaciones, dorada y luminosa del trópico ardiente, en que correteando por los prados, perseguía las sugestivas mariposas de diciembre. Su ambición fué formar las más completas colecciones de estos lindos insectos, para envidia de sus compañeros, desde la humilde cristalina hasta el arrogante colipato.

Sus dos vacaciones las pasó en este encantador divertimiento. Mas al terminar los meses de ocio, cuando tenía que regresar a la ciudad, sufrió la pérdida de la vista.

Una mañana, cuando apenas comenzaba el día, cuando el sol, tibio no más, evaporaba las gotitas de rocío que endiademaban la hierba fresca, vió cruzar por el jardín de su casa de campo, en la vieja finca, en el aromoso seno de la montaña, la bandada de mariposas más numerosa y bella que hasta entonces no viera.

Desobedeciendo los ruegos de sus padres que le instaban a que se quedase en casa, porque la mañana era aún muy fría, él, sordo a los consejos de sus padres y profundamente excitado por las ansias de atrapar a todas aquellas viajeras frágiles, cogió su bolsa de fino velo y echó a correr, sin sombrero y sin desayunarse, tras de la fascinante presa.

Las mariposas, por soplar leve viento, volaban despaciosamente, como extasiándose en la contemplación de los campos ataviados de verdura y sonoros de trinos; y buscando y deteniéndose a seleccionar las flores que les brindasen la más exquisita miel.

Tan embebidas iban en la elección de sus alimentos que

no se dieron cuenta de que la fauce abierta de la bolsa de Quico venía diezmando al migratorio conjunto.

El niño, con una ansiedad ilímite, iba llenando la concavidad ávida de su bolsa con las peregrinas rezagadas; mas ostigado por la facilidad con que se dejaban atrapar, quiso apoderarse de toda la bandada. Y su capricho fué mayor al distinguir que aquel éxodo era presidido por el colipato más enorme y lindo que hasta entonces no viera.

Ya disminuía la caravana mariposil, cuando el colipato se percató que lo perseguía aquel niño, como enloquacido por su ambición. Puso todo su empeño y argucia de diestro piloto en librarse de la terrible bolsa y describiendo los más complicados zig-zags, y burlando el denuedo del niño, pues a veces volaba tan bajo y despacioso que parecía a punto de rendirse, lo hizo correr leguas y leguas, tantas que el corazoncillo frágil de Quico palpitaba desordenadamente y los pulmones sorbían aire en tal cantidad que no pudo más el niño y cayó desmayado, casi en trance de asfixia..

En tanto, el colipato, al aseverarse que había burlado el instinto y pericia de su perseguidor, recobró la lentitud de su vuelo y se perdió por sobre los plantíos, ondulante y vanidoso...

Ricardo, tumbado por el cansancio, quedó dormido, su cuerpo en inacción como si hubiese perdido el conocimiento.

Estaba en el lugar más peligroso de una llanura virgen, tendido sobre montes casi inaccesibles. ¿Y cómo subió hasta allí, si normalmente ningún viajero, ni el más aventurado cazador, se atrevía a tal ascensión? Sólo la terquedad de aprisionar al colipato maravilloso había despertado en el cuerpo del niño, energías nunca presumidas.

Aquella llanura era visitada de vez en cuando por un águila, irascible, solitaria y que por su fuerza y maldad nunca pudo obtener una compañera: las demás águilas la temían y la despreciaban.

Por aquellos días habían diezmado muchísimo las aves y los pequeños animalillos de que se alimentaba el águila. Las otras águilas habían emigrado a parajes más propicios; sólo ella, terca y augusta, quedó allí...

Esa mañana no había logrado conseguir el más mínimo alimento en los riscos y descendió a la llanura por ver qué encontraba en ella. Cuál no sería su sorpresa al ver al niño, tendido de espaldas, en el más completo abandono, en aquel páramo inaccesible. Ella había visto animales de todas clases, desde el león hasta el topo; aves de todas las variedades; mas aquel ser le era extrañamente desconocido; sin embargo descendió hasta él y en un impulso tremendo, sin parar su vuelo, quiso apoderarse de la presa y llevarla hasta el picacho en que habitara. Al hundir sus garras en el niño, que al ruido de los aletazos despertó, excitado, aterrorizado, dando gritos de imploración, el águila, tímida ante lo desconocido, voló derrotada...

Mas Ricardo despertó sobreexcitado, como despiertan los niños tras una torturante pesadilla. De sus ojos manaba sangre; las garras del ave fuerte al tratar de arrebatarlo habíanse clavado en sus ojos...

A tientas, atronando la llanura con el eco repercutido de sus gritos dolorosos corría sin rumbo, sin noción de equilibrio, hasta caer nuevamente extenuado, sin alientos.

Su padre, acongojado por la desaparición del niño, puso en movimiento toda la peonada de sus dominios que en cuadrillas dispersas lo buscaran por todos los lugares.

Por fin, tras muchas horas de lucha y cuando la tarde ya se extinguía, una de las cuadrillas dió con el niño, que aún continuaba desmayado, lacio, como sin vida.

Fué regresado a la hacienda entre la consternación de los peones que lo juzgaban muerto... Vinieron inmediatamente los mejores médicos del lugar. Fué imposible salvarle la vista; se habían vaciado para siempre las cuencas de sus ojos, como esas diminutas fuentes que la lluvia forma en los jardines y que la sed de un pajarillo las seca en un momento...

Yo conocí a Ricardo, hombre ya, y por un pueril antojo un día le pregunté que si lamentaba mucho la pérdida de la vista, y él, con una sinceridad ardiente, me repuso:

—Soy feliz en mi ceguera, pues aún puedo, gracias a ella, deleitarme evocando, con una realidad que de otra manera nunca hubiese conseguido, las lindas mariposas que atrapara en mi niñez... Ahora atrapo las mariposas del Ensueño...

Y me recitó dulcísimos versos, cuya misteriosa luz iluminaba su corazón feliz y siempre niño,.. ¡Sus mariposas del Ensueño!

Eduardo Uribe

Octubre de 1924.

Dibujos infantiles

Nuevos horizontes se abrieron a los niños escolares, cuando un pintor mexicano descubrió un hecho importante en la historia de las artes decorativas nacionales: la constancia de siete elementos. No sabíamos—hasta hace poco—que nada igual se hubiera hecho en la América entera. A nuestras manos han llegado—enviados por Pedro Henríquez Ureña, espíritu siempre vigilante; eterno joven Sócrates — los cuadernos de un método argentino de *dibujo americano*, bajo el nombre de Viracochs, el Quetzalcoatl incaico que tiene curiosas coincidencias con el método mexicano Best, siempre más importante que el argentino, por su alcance universal y la gracia indudable y la libertad creadora en que dejan al espíritu infantil.

* *

La labor del método Best ha sido completada y perfeccionada en México por otro espíritu inteligente y trabajador: Manuel Rodríguez Lozano, hasta hace poco Director de Dibujo de la Secretaría de Educación Pública. En algo más de un año que de él dependió la enseñanza del dibujo en las escuelas primarias, se lograron resultados maravillosos. Siguiendo sus instrucciones, una vez que el niño dominaba la ligera técnica, se le dejaba en libertad para que pintara lo que más ocupaba su imaginación. El resultado ha sido estupendo y no bastante comprendido por los actuales Jefes de la educación. En la colección de dibujos infantiles se tiene el mejor archivo de psicología social de la población escolar. Tema intocado para los estudiosos—así consideramos al señor Gamio—y para la verdadera comprensión de los problemas de las escuelas elementales.

Pero la psicología mexicana de destruir, antes que costruir, sigue siendo la característica de los que toman las instituciones tan difícilmente creadas, como campo virgen de que es preciso hacer tabla rasa *para fundar las verdaderas instituciones nacionales.*

Eduardo Villaseñor

(De *La Antorcha*. México, D. F.)



Carta

San José, 2 de abril de 1925.

Señor don Manuel Valerio,
Pte.

Mi estimado señor Valerio:

En su carta del 27 de marzo próximo pasado, me pregunta usted si es posible insistir en que de los 450,000 habitantes de Costa Rica, algo más de la mitad nos impongamos un tributo anual de $ 5 dólares para ir pagando la deuda externa. Le contestaré sin vacilar: SÍ. Todo tiempo es propicio para el costarricense que quiera servir y honrar a su país. Nunca es tarde o inoportuno empeñarse en eso. Lo que ocurre es que el clamor de esta Patria que no sea belicoso, no mueve a sus hijos.

Verá usted. A fines de 1922, don Moisés Vincenzi abrió entre los escritores de América una indagación interesante y de largos alcances. En la respuesta de nuestro compatriota Brenes Mesén, se lee en parte:

> 3ª ¿Cree Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

3. Sí, un gran esfuerzo para pagar lo que se debe. Mientras esas naciones tengan deudas en el extranjero, su independencia moral y la política serán inciertas, sus humillaciones inevitables.

¿Buscar dinero prestado en el exterior? Cobardía sin nombre. Páguese primero lo que se debe y vendrán los prestamistas a ofrecer su dinero en las mejores condiciones del mundo.

De los cuatrocientos cincuenta mil habitantes de ese país, doscientos mil deberían imponerse a sí mismos el deber de contribuir con cinco dólares anuales para la amortización de la deuda extranjera. (1) Tal contribución daría un millón anual. Antes de veinticinco años se tendría pagada la deuda; se habría establecido una perfecta unidad nacional mediante el aprendizaje de la libre cooperación para fines enteramente impersonales; se habría ennoblecido el carácter de todas las familias contribuyentes; se habría dado el ejemplo al Continente de cómo un pueblo sabe ser heroico en tiempo de paz; se habría centuplicado el crédito de la nación y de los individuos simultáneamente. Por último, se habría comprendido, de una manera efectiva, que todos los empréstitos deben ser pagados por los ciudadanos; verdad que ignoran cuantos abogan por los empréstitos extranjeros con el fin de que no se graven los impuestos en el interior. Después de cien años de República todavía hay ignorantes que se imaginan que las cargas del Estado son ajenas y no propias.

El Repertorio Americano al punto abrió la lista de adhesiones que respondieran al llamado del señor Brenes Mesén.

En seis meses de propaganda, la que puede hacer, es cierto, un semanario de escasa circulación interna, apenas llegaron **61** adhesiones, incluidas la de la Asociación Patria, de Alajuela, que se apuntó con $ 10 dólares anuales y prometió entusiasmar a otros; la de la Escuela Nicolás Ulloa, de Heredia; la de la Escuela de Niñas, de Escasú; la de la Escuela Julia Lang, de esta ciudad; la del Licdo. don Claudio González Rucavado y familia; y la del finado Dr. don Mauro Fernández Le Cappellain y familia.

Y en esto paró la cosa, como para todo en Costa Rica.

Supongo que si uno de los diarios de circulación extensa quisiera hacer suya la patriótica empresa, la lista de contribuyentes crecería..., pero jamás hasta llegar a los 200,000 que generosamente imaginaba el señor Brenes Mesén. Ello implicaría un amor a la patria, un afán colectivo de servicio y un sentido de cooperación de que carecemos.

Hay también otro camino: convertir la deuda externa de Costa Rica en deuda de honor para las generaciones nuevas y que, por lo tanto, las escuelas y colegios de la República siguieran el noble ejemplo que hace tiempo les viene dando el de Señoritas de esta ciudad: contribuir con algo para el pago de la deuda extranjera, sin demora y sin cesar. De esta suerte, centenares de alumnos costarricenses pasarían por las aulas adiestrándose en tan bella labor de servicio a su país.

En eso, como en tantas otras cosas, los maestros primarios y secundarios—quiéranlo o no, dense de ello cuenta o no—siguen siendo los factores de la patria. Sin ellos, sin su cooperación inteligente, decidida y permanente, esto se irá a pique.

De usted amigo y servidor,

J. García Monge

(1) En carta privada, añade el señor Brenes:
Usted puede anunciar que en la lista de contribuyentes para el pago de la deuda extranjera mi compañera y yo deseamos figurar con la suma allí [illegible] p ara todos».

Adiós a Italia!

Rabindranath Tagore, al alejarse de Milán hacia Venecia, en donde iba a embarcarse para la enigmática India, en el vapor «Cracovia», entregó al Presidente del Círculo Filológico un poético saludo que traducimos del original bengalí para los lectores del Repertorio Americano.

Italia! Yo te dije: ¡Reina! a semejanza de muchos otros enamorados que depositaron sus ofrendas a tus pies, he venido. Como alomdra que vuela hacia las puertas doradas de la Aurora, vengo a entonar el canto de mis amores para huir enseguida!

Y tú me hablaste desde las ventanas misteriosas, al través de tu velo inefable. Me dijiste: Poeta! estamos en invierno! Mi cielo azul se oculta tras la fosca bruma; mis jardines despojados están de flores!

Yo contesté: ¡Reina! he traído la flauta mía desde mis lejanas tierras de Oriente con la esperanza de hacerla cantar a la luz de tus ojos negros! Descorre, para el Poeta, tu velo de brumas!

Y tú me respondiste: Vuelve sobre tus pasos, impaciente Poeta; todavía no me he adornado con mis mágicos colores! Cuando en el dulce mes de Mayo repose en mi trono de perfumes y de matices, entonces te llamaré a mi lado!

Yo contesté: ¡Reina! En esa dulce palabra de esperanza me das la recompensa de mi largo y fatigoso viaje. Llevada por la brisa deliciosa de la primavera, la magia de tu invitación abrirse hará las flores de mi amada selva lejana!

¡Y volveré por el sendero del retorno hacia tu ventana prodigiosamente florecida en un día lleno de sol, impregnado de fragancias y armonioso de abejas rumorosas!

Hoy, al alejarme de ti, canto con amor inmenso: ¡Gloria a ti, Italia eternamente bella!

Rabindranath Tagore

Página lírica

de Rafael Estrada

SONETOS DE UN RECIÉN CASADO

PAZ

Me desperté tranquilo mientras ella dormía.
El cuarto estaba oscuro. En la hora callada
sólo el azul lejano del cielo se veía,
sólo el temblor ilímite de la noche estrellada.

Bajo la ternura del tibio lecho había
una fragancia íntima; en la hora encantada
sólo el latido suave de la amada sentía,
sólo el aliento tibio sentía de la amada.

Y reviví el ensueño que fué mi sueño un día:
cuando miré en sus ojos la luz que era la guía
del viajero del cuento que se hallaba perdido.

...Y me quedé abstraído, en la hora encantada,
viendo el temblor ilímite de la noche estrellada;
y al fin no supe a qué horas quedé otra vez dormido.

REFLEXIONES

Reviven mis viejas pasiones de engaño
recuerdos que fueron de inmensa alegría:
(tienen muchas cosas los tiempos de antaño
que llevar no logran los vientos del día).

Sobre las locuras que me hicieron daño,
sobre mis excesos de hiperestesía,
mis ansias se aquietan por el desengaño
de la vida hechiza, que nunca fué mía.

Oh mi vieja vida, con cuyas diabluras
relamí las mieles de lo valedero,
y exprimí sus jugos para las criaturas!

Y no esta otra vida, con cuyas ternuras
me hiero en la busca de lo verdadero,
y estoy más herido cuanto más la quiero!

CUANDO TUVE TUS OJOS

Cuando tuve tus ojos, cuando en cada mirada
tus pupilas me abrían sus ensueños profundos,
mi corazón sentía la luz de tu mirada,
yo tenía los cielos para ensueños profundos.

Cuando tuve tu vida, cuando en cada palabra
tus labios me decían lo mejor que anhelaba,
mi corazón sentía tu voz, y tu palabra
me señalaba el rumbo mejor que yo anhelaba.

Cuando tuve tu carne, cuando en cada contacto
me llevabas al fondo de la vida profunda,
mi corazón sentía tu carne, y tu contacto
me llevaba hasta el fondo de la vida profunda.

Hoy lo he tenido todo, hoy lo he gozado todo,
y sin embargo siento que mi amor es más puro!
Algo más verdadero se encuentra sobre todo!
Mi corazón ya sabe que el amor es más puro!

OTROS VERSOS

TESOROS

He encerrado en mi pecho
mi corazón: (pájaro sediento
que se abreva en mis actos,
que aletea en mis poros).
Qué bien se le da, escondido
como pecado!—Bien se da,
hecho afán al triste,
hecho luz al fuerte.
La esencia de tu espíritu
perfumará tu vida
si entre rejas de acero
tu corazón encierras.
Qué bien se da! Qué todo
cuando nada! Qué pleno
cuando muerto! Qué vivo
cuando más escondido!

CANCIÓN DEL ALMA A LA LUNA

Ya vuelve la luna!
Ya vuelve la luna!
He visto su curva fina
brillar en el cielo azul!

Ya vuelve la luna!
Ya vuelve la luna!
El jardinero ha podado
el rosal de su jardín!

Vuelve la luna, y trae
en su cuerno: oro, plata,
miel, perfume, noches claras,
almas tibias, luz, amor!

Ya vuelve la luna!
Ya vuelve la luna!

LIRA, LIRA, LIRA!

Lira, lira, lira
que de dolor te rompes,
que de placer estallas,
que de amor te duermes,
que de fuerza tiemblas!
Alma mía! Lira
que mi mano guía,
que mis labios calla,
que mis ojos abre,
abre, abre...
Alma mía, lira
que eres más
que todo yo!
Doble cuerpo mío,
en el cual sumerjes
carnes, aromas, alma,
Señor!

VERSOS

Como la mirada del amante
que no gusta otro mirar,
el que oyó cantar al alma
ya no gusta otro cantar.

Verso que del alma llega
nadie lo puede agrandar;
llega con fuego, y tiene
lo que nadie le ha de dar!

Baja del pensamiento
después de inmenso volar!
Y es como un rayo lento
que nadie puede evitar!

Oh, el verso que canta el alma!
No me gusta otro cantar!
La mirada del amante
no gusta otro mirar!

San José de Costa Rica, 1925.

Un hombre ilustre en la pedagogía cubana

(De *El Fígaro*, Habana).

La publicación de este libro (1) puede ser para la escuela cubana un acontecimiento. Puede serlo, si los maestros lo reciben con la estimación que se debe a cuanto es verdaderamente útil.

Lo ha escrito un pedagogo; un pedagogo por vocación irresistible y por la dedicación de toda una vida. El doctor Aguayo une la ciencia a la experiencia; alianza la más completa que puede demandar el progreso en cualquiera disciplina. Ante este complejo problema, el niño, se ha detenido el autor con mirada de sabio, para tratar de estudiarlo en todas sus partes. Sabe muy bien que un niño no es un hombre; sino la ganga de que debe surgir el hombre preparado para sus múltiples funciones. Por eso hay que considerarlo en su organización total, tanto en lo que llamamos su cuerpo, como en lo que se ha llamado su espíritu.

¡Qué laboratorio es la escuela, cuando el maestro sabe serlo! Pero laboratorio en que cada ejemplar demanda, exige la atención más personal. Por eso resulta tan difícil que haya escuela y encontrar maestros. Si no nos contentamos con meros rótulos, las escuelas han de multiplicarse de tal suerte, que el número de los alumnos en cada una sea muy corto. Hay que conciliar la regla, que es general, con su aplicación que debe ser individual. ¡El maestro ha de poseer gran flexibilidad mental, para adaptarse a cada caso que se le presente.

Todo el secreto de la enseñanza se encierra en esto: el maestro tiene que ser psicólogo. Por eso el gran maestro que es el doctor Aguayo, ha escrito este libro de psicología aplicada al adiestramiento del niño. He dicho de propósito adiestramiento, porque eso es la educación tal como debe ser, en su alto empeño de dar hombres a la vida cada día más rica, que hoy realiza la humanidad.

Hombres para la vida, no para el libro, ni para el arado, ni para la máquina, ni para los autos, ni para el bisturí, que son meros instrumentos. Cerebros y brazos frente al porvenir incierto, prestos a todas las ocasiones.

Hombres así necesita Cuba, en este período difícil de su iniciación, como pueblo libre, consciente y lleno de ardor por el progreso. ¡Cuánto debe al autor de esta obra meritoria, faro de luz vivísima que dirige sus rayos todos hacia la ruta del mañana!

Enrique José Varona

Habana, enero de 1925.

(1) *Tratado de Psicología Pedagógica.* Lo acaba de publicar el señor Aguayo en la Habana.

La diplomacia contemporánea

México, febrero de 1925.

«El Presidente Calles acaba de firmar un decreto que crea el puesto de *Agregado Obrero,* dependiente de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Los nuevos Agregados obreros quedarán comisionados en las diversas Legaciones y Embajadas, con el objeto de estudiar los problemas sociales y proporcionar al Gobierno de México todo género de datos e informes sobre cuestiones relativas al trabajo. De acuerdo con este decreto, el obrero C. A. Vargas recibió hoy nombramiento de Agregado a la Embajada mexicana en Washington».

Esta medida del Gobierno mejicano, que en materia de reformas económicas y sociales es uno de los más avanzados del mundo, habla mejor que muchos y muy doctos comentarios sobre la transformación que ha sufrido la diplomacia en nuestro tiempo. Está definitivamente arruinado el concepto de que los Embajadores y Ministros representan a su Gobierno o a su soberano, y en su lugar triunfa y se impone el de que representan a los pueblos directa y exclusivamente. La presencia de obreros manuales—que naturalmente no brillarán por su elegancia en los salones, ni por las finuras de sus modales, ni por su pulcra indumentaria—en las Legaciones de Méjico, es una notificación perentoria. Seguido, como lo será probablemente por otros países, el ejemplo de la gran República azteca, baluarte del Continente y abanderada de nuestra raza, las embajadas y las oficinas diplomáticas dejarán de ser centros de amable ocio y de exquisita banalidad, para convertirse, como la época lo exige, en lugares de austero trabajo. El disimulo, la intriga, cuanto pareció esencial de la diplomacia, será expulsado por la dura y honrada franqueza de los delegados del pueblo.

Hay otro aspecto de la cuestión que nos parece de sumo interés:

Los jefes de las Legaciones seguirán reclutándose por algún tiempo en las altas clases privilegiadas por el nacimiento, por el capital y por la educación. Si al lado de estos representativos del régimen social que se desmorona, trabajan ya los obreros que llegan a tomar posesión de cuanto al pueblo le pertenece, la transición será menos agitada, menos dolorosa, y el nuevo tipo de hombre, laborioso y comprensivo, desprendido del prejuicio de casta, orgulloso de ser unidad consciente de la colectividad, se irá fundiendo poco a poco. En la revolución universal que se ha precipitado después de la guerra, bajo cuyos golpes han caído tantos privilegios y tantas sagradas nociones, la diplomacia se erguía, empenachada, galoneada y ceremoniosa, refractaria al soplo democratizador que ha barrido las caducas instituciones. El Gobierno socialista de Méjico, procediendo con más clara lógica que el de Rusia, cuyos agentes diplomáticos arrastran el boato y el formulismo de los embajadores burgueses, ha mudado radicalmente y de un solo golpe la fisonomía de la diplomacia. En las ceremonias y en los actos oficiales a los que apenas concurrían los mundanos estirados y frívolos, los hijos frágiles de la buena sociedad, ocupará puesto por derecho propio el adjunto obrero de Méjico, imponiéndole un nuevo tono a la vida diplomática, recordando que la etapa de las desigualdades artificiales quedó cerrada para siempre, y fundando un nuevo oficio: el de estudiar sobre el terreno

las instituciones y las leyes sociales de cada país para adaptarlas al propio, adaptación que lleva en sí un germen fecundo de fraternidad internacional.

(Tomado de *Patria*, Bogotá).

Glosas

1

La "Revista de Occidente"

Por mediación del Buen Librero de «La Minerva» (ese comercio-cenáculo que se viene haciendo, al remate de la calle Obispo, una suerte de *clearing-house* de dimes y diretes literarios), me acaba de llegar de Madrid el sexto número de la *Revista de Occidente*, que en aquella villa fundó ha poco José Ortega y Gasset.

Con la venia del lector, propóngome comentar cada mes este dechado de publicación. Mas, por lo pronto, sólo he de cumplir la intención, ya una vez esbozada, de caracterizar ampliamente la nobilísima revista, cuya génesis ha constituído un verdadero acontecimiento.

* *

También lo fué la aparición de *La Esfera*, hace dos lustros. El periodismo hebdomadario español en aquella época era (como acontece de ordinario en todo tiempo y en todo paraje) índice fidelísimo del estado a que había llegado el ánimo de la tierra. Algunas revistas ilustradas que aún medran y cuya mención no es de menester, daban la impresión exacta del vivir nacional, en lo que tenía de consciente: crónicas pesimistas de «Andrenio», esfuerzos espirituales algo densos de Zozaya, conatos humorísticos de Bonnat, historietas obvias de Xaudaró, orlas o ilustraciones muertas de Medina Vera y Regidor; «actualidades gráficas» con chisteras, casullas y galones; toda una plana taurina y en la portada, el retrato de una tonadillera de género chico...

* *

La Esfera inició la renovación por el lado más inmediatamente susceptible de ella: por el lado más fácil: por lo concreto. Su aporte capital fué un aporte gráfico. Surgieron de repente, a la espectacularidad de los quioscos fatigados de vulgaridad, el amplio formato de álbum, la rica policromía expresiva de un lienzo de Van der Goes o de Pradilla y... el precio de «Una peseta». (Hasta entonces, España era, para ponerlo en fórmula pintoresca, eso: una nación que no tenía una revista popular de a peseta...)

Pero la reforma de *La Esfera*, que tanto auguraba, quedó sólo en ese primer avance estético—un poco de sensibilidad, una cierta afición arqueológica y exótica, cierta displicencia de gabinete hacia las inmediaciones cotidianas y hacia los problemas. En lo espiritual, nada muy tónico ni muy irritante. *La Esfera* conquistó pronto, con su alarde de presentación, el gusto de los cultos (a falta de pan, tortas) y la vanidad o secreta afición de lujo que los demás llevamos dentro, acrecentada a veces en la expatriación con la morriña nacionalista... Pero como los empeños de pura forma, subisten eficazmente, poco a poco—en fuerza de ñoñerías y de transigencias con la curiosidad banal o plebeya—la gran revista hebdomadaria se ha convertido en un opulento ataúd.

Seríamos injustos, empero, si no advirtiésemos la efectividad de aquel primer jalón, donde se inicia en España la reforma del periodismo. El segundo momento—la fase que pudiera llamarse de innovación interior en esa reforma—vino con *El Sol*. Recientemente, cuando tuve en suerte una oportunidad honrosa, desde la reivindicadora tribuna del «Casino Español», ensayé la caracterización del aporte hecho por aquel gran diario al periodismo de España.

«Aporte de juventud», parecíame a mí. Y añadí: «La prensa era algo estrecho, anodino y flácido—un organismo encanijado que se alimentaba, pese a la renovación intelectual operada en los demás sectores de la ideología española, de conceptos prehechos y anticuados principios... Había, pues, que abrir la prensa a los cuatro vientos del espíritu. Había que solearla con la lumbre de las modernas ideas y de las modernas responsabilidades. Había que liberalizarla, trayéndola a la discusión y a la elucidación definitivas de los viejos problemas que hasta entonces se habían comentado sólo en voz baja. Había que ponerla a tono con la nueva cerebralización de las letras de España, con la nueva situación y el nuevo prestigio político resultados de la guerra, con el anhelo de espontaneidad y de emoción característico del espíritu moderno. En una palabra: había que ajustarla a las necesidades espirituales de la nueva España, de la España joven...» Y más abajo: «En realidad, así como alguien dijo—no sé si Luis Morote—que el periodismo contemporáneo español se dividía en dos períodos: antes y después de las primeras letras; es decir, antes y después del *A B C*; así pudiera decirse hoy, pero con mejor razón, que la Prensa española ha conocido dos edades: la Edad de la Nebulosa y la Edad de *El Sol*...

Ya veremos mañana cómo la *Revista de Occidente* ha venido a cerrar esta evolución, aunque desvinculada, en la apariencia y en la práctica, de esos dos antecedentes necesarios.

2

Ortega y Gasset y su revista

Con la aparición de la *Revista de Occidente*—decía ayer—ha venido a culminar aquella pausada evolución del periodismo hispánico que tuvo su orto en lo gráfico con *La Esfera* y sus incipientes fulgores intelectuales en el diarismo amplio, ponderado y abierto de *El Sol*.

Grande es la tentación a decir que la luminosa revista de Ortega y Gasset marca el punto de elevación meridiana en esa evolución. Pero sería abusar el tropo. En el fondo, empero, no es todo lo arbitraria que parece esta declaración de afinidad entre elementos periodísticos tan disímiles en lo intrínseco. Por muy diversa que sea su índole, un nexo de común intención, de singular espíritu, de pareja audacia renovadora enlaza históricamente esas publicaciones. Si la recia contextura intelectual de la revista gassetiana dista mucho de la tenuidad efímera con que se nos impusieron las páginas de Verdugo Landi, cierto es que con éstas empezó la gimnasia de la iniciativa en ejercicios de publicación periódica.

* *

Apenas es posible, sin embargo, desvincular la *Revista de Occidente* de la personalidad fecunda de su creador. De pies a cabeza, de portada a colofón, se le parece la criatura hasta en los lunares. Decir la una es implicar al otro; hojear la publicación es ver afacetarse en sus láginas, aún cuando no siempre se asome a ellas por modo muy enfático, la diáfana prestancia de ese cerebro español riquísimo en luces y quilates.

¿Quién pretenderá esbozar siquiera, en líneas tan breves y fugaces, el cariz ideológico de Ortega y Gasset? Si ello pudiera hacerse con una sola frase-índice, buscaríala yo en la enseñanza misma del maestro, citando, como clave de su actitud filosófica, aquella frase en que nos dice de su afición a «la suprema pedagogía de las cosas». Porque Ortega y

Gasset es, primordialmente eso: un objetivista, un aclarador de la realidad que se observa, un desentrañador del sentido más íntimo de «las cosas», a que coustantemente alude. Si todos los filósofos aspiran, es verdad, a explicar lo real, ninguno se niega tan rotundamente como Ortega y Gasset a explicarlo místicamente. Sus belvederes, sus puntos de vista, no nos parecen ni demasiado eminentes ni demasiado antojadizos. Diríase que no los tiene: que más bien se pasea por entre las cosas que ama tanto, y las va mirando en sus respectivas características, en sus perfiles más elocuentes, para darnos después un itinerario certero del espectáculo. La bella ficción, la exigencia ilusa del yo, que quiere ver las cosas a través de su propio cristal, no halla acogida en este objetivista irreductible. En el prólogo a uno de sus libros, al denunciar las viejas maneras adolescentes, niega valor substantivo al subjetivismo característico del Siglo XIX, y toda su filosofía de la madurez espléndida es un probo y penetrante examen de la realidad como es, descuidado de implicaciones y consecuencias.

Se ha dicho muchas veces que Ortega tiene, al escribir, la *clarté*—la claridad típica del pensador francés. Pero esto de la *clarté* ya va siendo un tópico galicista harto socorrido. Cada vez que un escritor piensa claro y, *por consiguiente*, escribe claro, se echa mano a la alusión francófila, como si fuera peculio induplicable. En realidad Ortega no tiene nada de francés: su disciplina es teutónica, alemana su densa cultura, y español, españolísimo, el profundo sentido realista que acabo de apuntar.

* *

Pues bien, de todas estas cualidades se hace espejo la soberbia *Revista de Occidente*. Algún ensayo, algunas traducción o apostillas de Ortega, dan su tono dominante a cada número, y es de ver cómo el resto de la colaboración—trátese del torturado Baroja, del cerebralmente regocijado Ramón Gómez de la Serna, del serenísimo Juan Ramón Jiménez, o del alambicado y algebraico Eugenio d' Ors—pese a lo diverso de sus irradiaciones, se tiñe de cierta monotonía gassetiana—una fría claridad de gabinete de Heidelberg.

La occidentalidad de la revista no se advierte fácilmente como no sea en el acendrado prurito de civilización, es decir, de información cabal, organizada y crítica—que anima sus páginas. Además una marcada preferencia por los temas y formas estéticos equilibra la presencia frecuente de análisis sutiles y difíciles, agotadores y agotantes, de algún profesor alemán. Pero ese gusto estético no es ya aquel elemental y ortodoxo de *La Esfera*, sino uno más dado a los matices e ingenuidades de última hora—viñetas primitivas, apuntes sintéticos, citas de Jean Cocteau y marañas descriptivas de Corpus Barga que dan al conjunto un gesto algo insolente de vanguardia izquierdista. Diríase una revista cortada en Alemania, cosida en España y guarnecida en París.

* *

Lo español de ella está—parcialmente al menos—en su exquisito castellanismo formal. Difícilmente se hallará hoy día, en la lengua nuestra, nada escrito con tan limpia justeza, con tan expresiva suficiencia. Leyendo a estos hombres—Ortega, d'Ors, Díez Canedo, Alfonso Reyes, Espina, Menéndez Pidal—se comprende qué razón profunda tenía ha poco, en esas mismas páginas el puro Juan Ramón Jiménez, al aforizar: «Las palabras, como las ondas y las alas, son siempre vírgenes».

JORGE MAÑACH

(*Diario de la Marina*, Habana).

Lector: si quiere suscribirse a la "Revista de Occidente", diríjase a la Librería Española de Doña María v. de Lines.